

de todos los hombres será abierto á los ojos del mundo entero. De este sólo sabemos lo que Casiano nos ha dicho en pocas palabras, quien con su ejemplo condenaba la pereza de los monjes que preferían la ociosidad al trabajo.

« El abad Pablo, dice, que vivía en la vasta soledad de Porphyrión, encontrando en los frutos de una palmera y de un pequeño jardín, lo poco que necesitaba para vivir, y viendo que no podía hacer trabajo alguno con el cual ganara su sustento, por estar más de siete jornadas lejos de toda tierra habitada, y pedirle por el porte de su obra más precio del que hubiese sacado vendiéndola, se impuso no obstante un trabajo, y se obligó tan exactamente á hacer un cierto número de cestas, como si se hubiese habido de ganar el sustento con ello. Después que había trabajado todo el año, y que su choza estaba llena de cestas, les metía fuego y las quemaba. Con eso nos enseñó que era imposible que un religioso morase largo tiempo en el monasterio, si allí no trabajaba con sus manos, y que era tan difícil que sin eso llegase á una virtud perfecta, que hasta cuando la necesidad de vivir no le obligaba al trabajo, no dejase de hacerlo para purificar su corazón, para consolidar sus pensamientos, para perseverar en su celda, y para vencer la pereza. » Hemos visto en otro lugar que este abad Pablo era contemporáneo del abad Moisés, á quien Casiano hace hablar en su primera y segunda conferencia, y quien vivía en su vecindario.

El mismo autor en otra parte habla de un segundo Juan que vivía al tiempo del mismo abad Moisés, pero que es diferente del abad Pablo del cual acabamos de dar algunas notas. Hablaremos de ese Pablo después de los viajes de Casiano.

PARTE TERCERA

SOLITARIOS DEL EGIPTO

VIDA ASCÉTICA DE SAN ATANASIO, DRACONCIO Y SERAPION, MONJES Y OBISPOS ¹

Aun que la jurisdicción del patriarca de Alejandría se extendiera por los desiertos de la Tebaida, de Nitria y de Scete, hemos distinguido esos desiertos de los del Egipto propiamente dicho, que estaban más próximos á la ciudad de Alejandría, de los cuales hablaremos en los capítulos siguientes. Además de los monjes que ocupaban los primeros, gran número estaban en los monasterios y en las ermitas cercanas á esta gran ciudad, y otros vivían dispersados á dos leguas al rededor, y en donde á fines del siglo cuarto casi se contaban mil solitarios. El número no era tan crecido cuando san Antonio se retiró á la soledad. Sólo había algunos, que se consideraban más bien como ascéticos que como monjes, tomando este término en un sentido riguroso. Mas cuando san Antonio hubo alumbrado las profundidades de su desierto por sus eminentes virtudes y por las gracias extraordinarias que Dios le había otorgado, de repente se vió que el estado monástico se levantaba y se extendía en la iglesia como un grande árbol; y bien pronto se vió penetrar el fervor de muchos cristianos hasta dentro de los desiertos más escon-

¹ San Atanasio, Sócrates el Escolástico, *Vitræ Patrum*.

didados, y poblarlos casi tanto como lo eran las ciudades.

Tales fueron los efectos de la vida admirable de este Santo, y de las palabras de vida que Dios ponía en su boca para bien de aquellos á quienes la fama de su santidad y de sus prodigios atraía á su montaña. Al fin del siglo cuarto entre Egipto y los desiertos vecinos se contaban ya más de ochenta mil religiosos; y el número de las religiosas también pasaba de veinte mil, pues ya no había menos en la sola ciudad de Oxyrhynquia.

San Atanasio, ese ilustre defensor de la fé ortodoxa, también por su celo se convirtió no solo en protector, pero hasta en propagador del estado monástico. No se contentó con cuidar de un modo particular de los solitarios de Egipto y del vecindario, y con demostrarles en todas las ocasiones un afecto y una ternura paternales, sino que quiso darles un modelo perfecto escribiendo él mismo la Vida de San Antonio, que llevó también á Roma cuando las cuestiones del Egipto lo llamaron allá; lo que contribuyó mucho á hacer respetar una profesión de la cual entonces se hacía poco caso, como demasiado singular y nueva.

Esto es lo que aparentemente ha hecho creer á algunos autores que él mismo había abrazado la vida monástica, y que había sido formado en ella por San Antonio; pero este sentimiento carece de pruebas, y lo que se puede decir es, que fué del número de los ascéticos, ó de aquellos que en las ciudades llevaban la vida religiosa. Y en efecto, cuando después de la muerte de San Alejandro, patriarca de Alejandría, los obispos de la provincia se reunieron con el pueblo católico para darle un sucesor, la multitud con voz unánime gritó pidiendo á Atanasio, quien era un perfecto cristiano y llevaba la vida ascética.

En la Colección de reglas de san Benito de Anania hay una carta de san Atanasio dirigida á los religiosos, llena de instrucciones excelentes y de una caridad admirable. Y si

él les daba pruebas de su afecto pastoral, los solitarios por su parte lo respectaban y le estaban humildemente sumisos como á su superior, y siempre tenían para él una confianza y una ternura filiales. Jamás encontró mayor seguridad contra las persecuciones de sus enemigos que en sus monasterios; y ellos le estaban tan adictos, que nunca encontraron dificultad en exponerse á si mismos para salvarle. Sobre eso se puede ver lo que él mismo ha escrito, y lo que hemos dicho en la Vida de san Pacomio y en la de San Teodoro el Santificado.

Por una continua estimación que profesaba al estado de los monjes elevó muchos al episcopado. Entre otros se cita á Draconcio, á quien confió el gobierno de la Iglesia de la pequeña Hermópolis¹ cercana á Alejandría. Este Draconcio era abad de un monasterio, que dirigía con tan gran reputación de santidad, que su elección para el obispado de esta ciudad se hizo por unánime consentimiento; lo que sucedía rarísimas veces: y aún en esta ocasión muchos paganos prometieron abrazar el cristianismo. San Atanasio tuvo en esto tanto más consuelo, cuanto que estándole unido por los vínculos de una estrecha amistad, esperaba encontrar en él un colega en sus trabajos y en sus combates contra los enemigos de la Iglesia. Pero su regocijo pronto se convirtió en lágrimas, porque Draconcio consideraba la dignidad episcopal peligrosa para el alma, á causa de las grandes obligaciones que cargan sobre ella, y que sus mismos religiosos aumentaron su temor, inspirándole el mismo que ellos tenían. Así Draconcio protestó diciendo que si lo consagraban obispo, jamás iría á su silla; y apenas fué consagrado que huyó, y se escondió.

San Atanasio le envió á *Hyerax*, sacerdote y después confesor, con Maximo, lector, para persuadirle que vol-

¹ La *Hermópolis Parva*, cercana al lago Maréotis y sobre el canal de Alejandría, hoy es conocida por *Damanhour*.

viera. Le escribió una carta de las más conmovedoras, en la cual le llamaba muchas veces su amado Draconcio, y le destruía todos las razones que alegaba para renunciar el cargo de la iglesia que le había confiado.

« Qué os debo decir? dice. Me compadeceré de vuestra renuncia, ó diré que vos considerando las circunstancias presentes os retirais por temor? Pero cualquiera que sea el motivo que tengais, yo no puedo, mi querido Draconcio, dejar de sentir vuestra conducta. Vos no veis que continuando retirado, esa unión tan poco estendida que vuestra elección á producido se romperá, si se hace venir á otro; vuestra iglesia por eso correrá peligro de ser presa de los malos (esto es de los arrianos), y los paganos que han prometido hacerse cristianos, paganos se quedarán. Qué excusa podreis vos alegar? qué remedio pondreis á tantos males? Oh mi amado Draconcio, vos nos habeis puesto en aflicción, en lugar de la alegría y del consuelo que esparábamos de vos. »

« Vos debéis saber, añade, que antes de vuestra ordenación erais vuestro, y que ahora sois de vuestro pueblo; que ese pueblo os pide la nutrición en la doctrina de las santas Escrituras; y, que si vos os alimentais solo, cuando Nuestro Señor Jesucristo os vendrá á juzgar, no tendreis excusa alguna legítima por haber dejado morir de hambre á su grey. »

Después de muchas razones que opuso á las de Draconcio, le hace presente que debia mostrar tanto más celo y coraje por la Iglesia, cuanto que se hacían mas terribles las circunstancias del tiempo; que la inspiración de dejar el ministerio episcopal era mala é injusta; que esto era menospreciar al Salvador que lo habia criado; que si todos hubiesen tenido los mismos sentimientos, él jamás hubiese sido cristiano; y que si aquellos que vendrían después tuvieran los mismos pensamientos, las iglesias no subsistirían más.

Cita en seguida el ejemplo de los profetas Moisés, Jere-

mías, Jonás quienes, convencidos de su incapacidad, se excusaron al principio, pero luégo se sometieron: « El Señor, dijo, os conoce mejor que vos mismo. El sabe á quien confía sus iglesias. Aquel que no sea digno, no debe mirar su vida pasada, sino su ministerio, por temor de añadir á sus pecados la maldición de su negligencia. » Pero para convencerlo más con ejemplos más á propósito, le nombra muchos solitarios que habian sido hechos obispos y que cumplian perfectamente con su ministerio. « Vos no sois el único entre los monjes, le dijo, que ha sido ordenado ni el único que ha gobernado un monasterio y ha sido querido de los monjes. Vos sabeis que Serapión es monje y de cuantos monjes ha sido superior. Vos no ignorais de cuantos otros Apolon ha sido padre, vos conociais á Agatón, Aristón, Amonio. Vos tal vez habeis oido hablar de Muita, de Pablo, de Latos y otros muchos. Ninguno de estos ha renunciado á su ordenación, y no obstante ninguno por eso ha sido peor; al contrario, todos ellos esperan la recompensa de sus trabajos. Cuántos idolatras no han convertido? A cuantos no han sacado de sus diabólicas costumbres? Cuantos servidores no han conquistado para el Señor? Ellos han persuadido la virginidad á las jóvenes y la continencia á los jóvenes.

« No creais, pues, á los que os dicen que el episcopado es una ocasion de pecar, vos podeis, siendo obispo, aguantar el hambre y la sed como Pablo, y no beber vino como Timoteo. Nosotros conocemos obispos que ayunan, y monjes que comen; obispos que no beben vino, y monjes que beben; obispos que hacen milagros, y monjes que no hacen. » En fin, san Atanasio concluyó incitándole á volver cuanto antes, porque se acercaba la fiesta de Pascua; y le dijo que primeramente pasara por su casa como único amigo querido, para pasar en seguida á su Iglesia.

Draconcio no puelo resistir á una carta tan concluyente,

y á las sólidas razones que contenía. Se volvió á su iglesia como el santo patriarca le habia indicado, y tuvo el consuelo de satisfacer al mismo tiempo sus atracciones por la vida solitaria, por el vecindario del desierto de Nitria que formaba parte de su diócesis. No obstante gobernó su iglesia con tal vigilancia y celo, que respondió perfectamente á las esperanzas de san Atanasio. Sostuvo la fé hortodoxa contra los arrianos con una firmeza inquebrantable; estuvo asociado con los obispos católicos que tuvieron el honor de sufrir el destierro por la causa de Jesucristo. El lugar de su destierro fué el castillo de *Teodate*, en el desierto próximo á Elysmá, villa sobre la orilla del mar rojo, á tres jornadas de Babilonia. Aquí fué donde recibió la visita del gran Hilarión, como lo refiere san Jerónimo en la Vida de este santo; lo que le sirvió de gran consuelo. También aquí mismo los monjes de Nitria le mandaron la carta de san Teodoro el Santificado, superior de Tabenia, en la cual le decía que la persecución de los Arrianos á no tardar, concluiría. Luégo asistió al concilio que san Atanasio con san Eusebio de *Verceil* convocó en Alejandría, en 362. Esto es cuanto sabemos de Draconcio, gran religioso y gran obispo.

En cuanto á los obispos venidos de la soledad que san Atanasio le propone como modelos en su carta, casi nada sabemos, escepto de Serapión. Este habia sido amigo particular de san Antonio, y habia aprendido cerca de él las máximas de la vida religiosa, lo que le hizo muy capaz para enseñarlas enseguida á los otros. También fué superior de muchos monjes, siendo una de las más brillantes lumbres de los desiertos del Egipto; pero no conviene confundirlo con Serapión, abad en el territorio de Arsinoá, de quien en otra parte hemos hablado.

A las gracias particulares con que Dios le habia favorecido, unió un espíritu claro y muy elocuente; lo que, á

juicio de San Jerónimo, le mereció el sobrenombre de *Escolastico*, esto es, de sabio.

San Atanasio, que conocía su raro mérito, y que jamás despreciaba las ocasiones para dotar las iglesias de excelentes pastores, en unos tiempos en que más que nunca habia necesidad de ellos, no consintió que sus talentos estuviesen por más tiempo ocultos en el recinto de sus monasterios. Lo consagró obispo en el Bajo Egipto, y bien pronto tuvo motivo de felicitarse por tal elección. A más de la estrecha amistad que siempre tuvo con él, se habia formado tan grande idea de la rectitud de su espíritu y de su juicio, que en los asuntos más importantes de la Iglesia siempre tomaba su consejo, y hasta sometía á su censura sus propios escritos. Serapión no se contentó con velar sobre la diócesis que le estaba confiada: viendo que la malicia de los arrianos por todas partes atacaba á la Iglesia, y que no cesaban de perseguir á San Atanasio por su reputación y con las calumnias acerca de su valimiento en el siglo, emprendió varios viajes para defenderlo, y con él la causa de la fé. Pasó á la Iliria para asistir al concilio de Sardiquia, y otra ocasión también fué á Italia por el mismo objeto, delante del emperador, enfrente de otros cinco obispos y de dos sacerdotes de la Iglesia de Alejandría.

Su adhesión á la fé y á san Atanasio, le hizo tan odioso á los arrianos, como amado por los buenos católicos; lo que fué causa que fuese del número de aquellos que fueron echados de sus sillas y desterrados bien lejos de su país. Mucho sufrió por parte de sus perseguidores, si se ha de juzgar por el modo como trataron á los otros; pues les cargaron de cadenas y les apalearon de mala manera; pero él por sus sufrimientos mereció el título glorioso de confesor de la divinidad de Jesucristo.

Pero su destierro no resfrió su celo. Continuó velando para preservar al pueblo de Jesucristo de los errores con

los cuales el demonio se esforzaba á infectarlo por el órgano de los herejes. Escribió contra los maniqueos la única obra que nos queda de cuantas compuso. Fué de los primeros que, en Egipto, descubrieron el error de Macedonio, que sus discípulos trataban de propagar por ahí, y escribió por esto á san Atanasio para exhortarle á tomar la pluma contra los nuevos enemigos del misterio de la Trinidad. No hay motivos para creer que viviera largo tiempo después que recibió los tres escritos en forma de cartas que san Atanasio le dirigió sobre la divinidad del Espíritu Santo, que Macedonio combatía, pero no se sabe ni el año ni el día de su muerte. Sócrates nos ha conservado esta hermosa sentencia que él le atribuye: *El espíritu se purifica con la ciencia de las cosas espirituales, el alma con la caridad, las pasiones con la abstinencia.*

VIAJE DEL BIENAVENTURADO JUAN CASIANO Y DEL ABAD GERMAN¹

Los viajes que el bienaventurado Juan Casiano hizo con el abad German en las soledades del Egipto y de los desiertos vecinos, nos dan grandes luces para conocer las virtudes de los santos habitantes de estos lugares, y no sabríamos negarle aquí un lugar preferente, por más que no lo consideremos como uno de ellos, puesto que se propuso menos ser del número de ellos, que instruirse con sus ejemplos y con sus coloquios sobre la perfección religiosa. La relación que sobre eso ha hecho, ya en sus libros de las *Instituciones* ya en sus *Conferencias*, si se prescinde de

¹ Casiano, Sozomeno, Gacæo, Hólstenio, los Bolandistas, Tillemont Bulteau.

algunos errores que sin contumacia sostuvo, pues que fué antes de la definición de la Iglesia, su relación edificó, digo yó, á los fieles; y se puede ver en la colección de sus obras, comentadas por el docto Gazeo, la reputación que le adquirieron, tanto entre los sabios como entre los Santos.

Es difícil puntualizar cual fué su patria. Holstenio creyó que era originario de la Provenza. El antiguo Breviario de San Victor de Marsella lo hace oriundo de Atenas, á juicio de *Bulteau*, quien añade que no se puede dudar que más bien fuera de *Scythópolis*, ciudad episcopal de la Palestina, donde otro Casiano vivió después; pues desde su juventud, y como él dice, *desde su infancia*, él fué elevado en un monasterio de la misma provincia. Otros han creído que era de Constantinopla; pero la opinión más probable es la de Genadio, que lo hace Scita de nación. Por tanto conviene confesar que la conjetura de *Bulteau* parece la más fundada por el retiro de Casiano á un monasterio de la Palestina, en una edad muy difícil de creer que hubiese venido de la Scitia, ó de las Galias, ó de Constantinopla, á no ser que se dijera que habiendo ido á visitar los santos lugares con sus parientes, se hubiese que dado en este monasterio para abrazar la vida religiosa.

Sea como quiera, entonces á lo más podía tener quince años, según dicen los aseclas de Bolando. El monasterio en donde se retiró estaba en Betlehem, diferente del de san Jerónimo, y mucho más antiguo.

Sus padres eran muy piadosos, y no se olvidaron de darle una educación conforme á la virtud que ellos practicaban. Se ignora si aprendió las letras humanas en su casa, ó en el monasterio. Pero es muy probable que las aprendiera en el mundo, no pareciendo muy conforme que se ocupara en leer los autores profanos, y sobre todo las fábulas de los paganos y los combates de sus pretendidos héroes, en una casa que no era más que escuela de virtudes.